

## RECUPERAR LO QUE NO BRILLA, LO HUMILDE Y SENCILLO

FR. BENJAMÍN MONROY, OFM.

El poeta español del siglo XVI, Fray Luis de León, inicia su poema *Vida Retirada* con esta estrofa:

*“Que descansada vida  
la del que huye del mundanal ruido,  
y sigue la escondida senda,  
por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sid”.*

Nuestra sociedad no sospecha de la riqueza contenida en esta “escondida senda”. Vivimos en lo que Mario Vargas Llosa ha calificado como “la civilización del espectáculo”<sup>1</sup>. La avidez de aparecer y de brillar, el culto al poder y a la imagen lo invaden todo: el periodismo, la cultura, los deportes, la política, incluso la religión. Los medios de comunicación social nos han hecho creer que lo que no aparece en la televisión, la radio, los medios impresos, etc., no existe, no es real.

Paradójicamente, en este mundo sofisticado, en donde el afán de lucir se ha vuelto tan relevante, se ha estado redescubriendo el valor de lo escondido, lo sencillo, lo humilde. Envueltos por el ruido y el estrés, esclavizados por la ambición de tener y poder, asfixiados por una sociedad que da culto al dinero y la ambición, que busca, por encima de todo, la fama y el éxito, son ya muchos y muchas los que están ávidos de serenidad y armonía. Se empieza a añorar la paz, la soledad querida y perseguida, la austeridad, el gozo de una vida sencilla, el contacto directo con la naturaleza, la meditación y el silencio para aproximarse a las raíces más hondas y escondidas de nuestro ser en donde reposa nuestra verdadera identidad.

---

<sup>1</sup> M. VARGAS LLOSA, “La civilización del espectáculo”, en *Letras libres*, febrero 2009, p. 14-22.

## 1. EL RETORNO A LA SENCILLEZ.

No es fácil apreciar lo sencillo. Santa Teresa de Lisieux cuenta en su *Autobiografía* que Jesús mismo le reveló el secreto de la verdadera sabiduría: “Comprendí en qué consistía la verdadera gloria. Aquel cuyo Reino no es de este mundo me reveló que la verdadera sabiduría consiste en querer ser ignorada y tenida en nada”<sup>2</sup>. En último término, se necesita la revelación de Jesús para comprender el valor de lo escondido. Ahora bien, esta revelación no se da, generalmente, de manera espectacular o dramática, ni tiene que acontecer en un templo, ni el contenido debe ser exclusivamente religioso. Sucede, generalmente, en la cotidianidad.

Desde hace varias décadas, existe el *minimalismo*. Originalmente era una tendencia de la arquitectura caracterizada por la extrema simplicidad de sus formas. Cuando alcanzó su madurez influyó en el diseño, la pintura, la moda, la música, la teología. Se trata de centrar la atención en las formas puras y simples, decir lo máximo con lo mínimo, simplificar todo. Se usa para referirse a cualquier cosa que se haya desnudado a lo más esencial, despojado de elementos sobrantes o que proporcione sólo un esbozo de su estructura. Se aplica también a grupos o individuos que reducen sus pertenencias y necesidades al mínimo.

Elaine St. James, una alta ejecutiva norteamericana, cuenta en su libro *Simplifica tu vida* que un día tomó la decisión de simplificar su vida altamente complicada. Su atención estaba enfocada en los últimos avances tecnológicos, en una lucha desenfadada por poseer el mayor número de bienes materiales posible, en escalar puestos sociales cada vez más elevados. Pero un día, ella y su esposo abrieron los ojos: “Finalmente tuvimos que enfrentarnos al hecho de que lo único que habíamos conseguido, en nuestro atracón de poder, era una indigestión”<sup>3</sup>. Entre los muchos consejos que ofrece están los siguientes: trasládese a una casa más pequeña, adquiera un coche sencillo, simplifique su vestuario, deshágase de todo lo innecesario.

---

<sup>2</sup> S. TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma*, cap. VII.

<sup>3</sup> E. ST. JAMES, *Simplifica tu vida. Pistas para moderar la marcha y disfrutar de las cosas importantes*, Barcelona 1997, p. 18.

Lo más sorprendente es que la sencillez ha llegado también al mundo de los negocios. Jack Trout, especialista en eficacia y competitividad, se dio cuenta que el progreso tecnológico y económico había complicado mucho el mundo de los negocios. Entonces escribió su libro *El poder de la simplicidad en los negocios*<sup>4</sup>. La idea común era que, frente a la complejidad creciente, hay que crear estructuras cada vez más complejas. Esta actitud ha provocado una evolución tan acelerada que cuando se están implementando las técnicas administrativas más recientes ya están obsoletas y se hace necesario pasar a la siguiente generación, creando así una situación de ansiedad y de inestabilidad que afecta a la organización y la hace menos productiva. Por eso, Trout propone cambiar de estrategia, hacer más simple la organización. Es algo que han hecho empresas exitosas. Por ejemplo, empresas que antes manejaban muchos productos o servicios los han ido reduciendo y se han concentrando en los esenciales. Esto les ha ayudado a crecer. Trout propone desarrollar una mente sencilla y ordenada puesto que puede pensar con mayor claridad y tomar las decisiones correctas. Sin embargo, no hay que confundirnos. Llegar a la sencillez puede ser una ardua tarea: “lo más simple no es, necesariamente, lo más fácil, pero tal vez sí lo más conveniente”<sup>5</sup>.

## 2. EL “BRILLO” DE LO QUE NO BRILLA.

La memoria colectiva está poblada de hombres y mujeres sencillos que cambiaron la historia. Muchos han alcanzado gran notoriedad. Detengámonos en algunos de ellos.

Un fraile bien dotado, apuesto y simpático, de finos modales y conversación elegante, le lanzó esta pregunta a Francisco de Asís: “¿Por qué todo el mundo va detrás de ti, y no parece sino que todos pugnan por verte, oírte y obedecerte? Tú no eres hermoso de cuerpo, no sobresales por la ciencia, no eres noble. Y, entonces, ¿por qué todo el mundo va en pos de ti?”.

---

<sup>4</sup> J. TROUT, *El poder de la simplicidad en los negocios*, México 1999. Otro libro que tiene una temática semejante es: C. LLANO, *Humildad y liderazgo. ¿Necesita el empresario ser humilde?*, México 2004.

<sup>5</sup> En el *Prólogo* del libro de Jack Trout, escrito por Carlos Llano Cifuentes, XIII.

La pregunta sigue en pié, ¿cómo es posible que un hombre que vivió en plena Edad Media, que se definía a sí mismo como *pequeño, simple, menor* continúe siendo tan actual, admirado por propios y extraños, y ejerciendo un influjo nada despreciable en tantos hombres y mujeres? ¿A qué se debe que este hombrecillo sea haya convertido en un ícono de sabiduría? La respuesta es simple: se hizo pequeño. En Francisco advertimos el valor, la magia, la fascinación de lo sencillo, lo escondido, lo humilde, lo que no cuenta.

Y es que Dios tiene predilección por lo pequeño. La Biblia nos habla de esta predilección de Dios. Él se manifiesta en la brisa suave, los vientres estériles, la zarza ardiendo, los pobres, la debilidad del niño de Belén, el fracaso de la cruz. Las cosas y personas sencillas tienen la particularidad de revelar la grandeza divina.

El prototipo del hombre sencillo y humilde es Jesús de Nazaret. Desde su nacimiento hasta su muerte ocupó el último lugar. No fue un brillante profesor de religión, sino un aldeano que portaba el misterio de Dios. Él dijo que Dios se revela a los sencillos: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños” (Mt 11, 25).

A pesar de que dividió el tiempo en un antes y un después, Jesús vivió la mayor parte de su vida -alrededor de 30 años- *escondido* en una aldea insignificante de un país pobre, sojuzgado por el imperio de aquel tiempo. Frente a la tendencia humana de buscar aplausos y honores, él recomendaba buscar lo secreto, lo escondido porque es el lugar favorito del Padre, donde Él habita y pone sus ojos: “para que tu ayuno sea visto, no por los hombres, sino por tu Padre que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará” (Mt 6, 18).

Este hombre sencillo amaba de manera particular las cosas simples. La mirada de Jesús descubría la presencia discreta de Dios en las cosas más sencillas y ordinarias: la lluvia, el sol, las flores silvestres, los pájaros del cielo, la historia cotidiana de los seres humanos. Así como en los hombres y mujeres sencillos existe un brillo particular, así también existe en las cosas. El cero es el número que no tiene valor. Sin embargo, sin este número aparentemente insignificante muchas ciencias complejas

como la física, la química o las matemáticas no estarían completas. Para referirnos a alguien que carece de valor decimos: “Es un cero a la izquierda”. Pero cuando ese cero se cambia de posición, se vuelve valioso. Unos cuantos ceros pueden incrementar notablemente el valor de las cosas. El número no cambia su naturaleza, sigue siendo cero, pero al ponerlo en otro lugar adquiere valor. Eso mismo sucede cuando cambiamos de perspectiva: las cosas sencillas y humildes, aparentemente insignificante, cobran valor.

Tendemos a dar poca importancia a los detalles y a las cosas pequeñas. Nos dejamos encandilar por las cosas complejas y espectaculares, corremos tras de ellas frenéticamente y terminamos agotados, incapaces de disfrutar lo que tenemos. Benjamin Franklin decía: “La felicidad humana generalmente no se logra con grandes golpes de suerte, que pueden ocurrir pocas veces, sino con pequeñas cosas que ocurren todos los días”.

Estamos rodeados por cosas sencillas que se esconden a nuestra mirada distraída. No tenemos tiempo para mirar las estrellas. Sería bueno que un día de estos contemplemos un amanecer: los rayos del sol que acarician lo que tocan, el canto de los pájaros que saludan el nuevo día, la multitud de pequeños animales que hacen sentir que en la tierra estalla la vida por doquier. Pongamos atención a este ritual que generalmente nos pasa inadvertido y observemos lo que sucede en nuestro ánimo.

Las cosas sencillas de la vida nos hacen sentir vivos. Si cada día pudiéramos detenernos en esas pequeñas cosas que nos rodean, tal vez nuestro día se llenaría de armonía y paz interior. La contemplación de las cosas pequeñas y humildes nos lleva a descubrirnos a nosotros mismos desde lo sencillo. Si nos detenemos unos minutos en nuestro propio ser, descubrimos la grandeza de la vida que nos envuelve, nos acoge, nos invita a vivirla y sentirla. Entonces nos percatamos de la fuerza escondida en nuestro interior y nos sentimos grandes en nuestra pequeñez, seguros en nuestra debilidad. Entonces nos amamos con nuestras virtudes y defectos, nuestra grandeza y fragilidad. No esperemos el día en que extrañaremos las cosas simples que no supimos y no quisimos valorar.

### 3. EL VALOR DE LO SENCILLO

Quizá hemos asociado humildad y sencillez con mediocridad y apocamiento. Pensamos que una persona simple es una persona tonta. Jack Trout, escribe: “A lo largo de los años, ser llamado ‘simple’ nunca ha sido un halago. Y ser llamado ‘simplista’ o ‘simplón’ de plano ha sido ofensivo, ya que significa ser estúpido, bobo o débil mental. No es de extrañar que las personas teman ser simples”<sup>6</sup>. Estamos ante una apreciación equivocada de la simplicidad.

Parece ser que en nuestra cultura científico-técnica no hay lugar para la sencillez. Pero no es así. El filósofo franciscano Guillermo de Ockam (1280/88-1349), uno de los fundadores del método científico, formuló el principio de economía de pensamiento o *navaja de Ockam*. Aplicando la sencillez franciscana, establece que “los entes no deben multiplicarse sin necesidad”<sup>7</sup>. Traducido al campo científico, el principio quedaría así: hay que evitar una explicación compleja cuando es suficiente una explicación más simple, dicho de otro modo, es soberbia hacer con más lo que se puede hacer con menos.

La idea de asociar la sencillez con la verdad no era nueva en el siglo XIV. Se encuentra ya en la *Física* de Aristóteles. El principio formulado por Ockam muestra que ¡nos acercamos más a la realidad objetiva en la medida en que nos hacemos sencillos!

La *navaja de Ockam* sigue siendo un elemento central del llamado método científico y la herramienta responsable de los espectaculares logros de la ciencia actual. A pesar de que se puede hacer un uso indebido de ella, ha demostrado a lo largo de la historia su poder metodológico. Resulta útil para la ciencia en el análisis de las observaciones y en la presentación de los resultados.

Albert Einstein, una de las mentes más brillantes y creativas de los últimos tiempos, decía: “Posesiones, éxito exterior, publicidad, lujos; para mí, todo eso siempre fue desdeñable. Creo que una vida sencilla y sin pretensiones es lo mejor para todos, mejor para el cuerpo y la men-

---

<sup>6</sup> J. TROUT, *El poder de la simplicidad en los negocios*, p. 5.

<sup>7</sup> T. URETA, *En el filo de la navaja de Occam*, Santiago de Chile 2004.

te”<sup>8</sup>. De hecho, su famosa fórmula matemática de la relatividad, considerada la fórmula del siglo XX, que nos introdujo en la era atómica, es de una simplicidad asombrosa:  $E=MC^2$ . Los genios prefieren la simplicidad.

Cuando perdemos la sencillez, la *ingenuidad*, no solamente nos alejamos de la realidad objetiva, sino también perdemos el secreto de la alegría profunda. Eloi Leclerc analiza al hombre típico de nuestra civilización científica y técnica: “Toda su ciencia y todas sus técnicas le dejan inquieto y solo. Solo ante la muerte. Solo ante sus infidelidades y las de los otros, en medio del gran rebaño humano. Solo en sus encuentros con sus demonios, que no le han desertado. En algunas horas de lucidez el hombre comprende que nada, absolutamente nada, podrá darle una alegría y profunda confianza en la vida, a menos que recurra a una fuente que sea al mismo tiempo una vuelta al espíritu de infancia. La palabra del Evangelio no ha aparecido jamás tan cargada de verdad humana: Si no os hacéis como niños no entraréis en el reino de los cielos”<sup>9</sup>. He aquí otra verdad: la sencillez está asociada al espíritu de infancia.

La sabiduría de la naturaleza nos muestra que los seres más humildes y despreciados son más valiosos de lo que imaginamos. Pensemos en las lombrices de tierra. ¿Quién puede interesarse por ellas? Los niños que todavía están abiertos a la novedad de la vida, los científicos que las estudian y los pescadores que las usan de carnada.

Aparentemente, estos pequeños animalitos son los seres más atrasados e inferiores del reino animal. No tienen ojos, ni patas, ni manos, ni huesos, ni cerebro. Pero son una bendición para los jardines y los prados. Con su incesante comer y digerir tierra, van cavando túneles subterráneos por donde circula el aire y penetra el calor del sol que fecunda la tierra.

Mientras excavan para hacer sus túneles, ingieren partículas de suelo y digieren los restos orgánicos transformándolo en abono. En épocas húmedas, arrastran hojas al interior de la tierra para alimentarse. Al hacer todo esto, remueven, airean y enriquecen el suelo, contribuyendo a que se mantenga fértil. Así, van transformando los suelos de pobres en ricos.

---

<sup>8</sup> J. TROUT, *El poder de la simplicidad en los negocios*, p. 180.

<sup>9</sup> E. LECLERC, *Sabiduría de un pobre*, Madrid 1992, p. 20.

Miremos a nuestro alrededor. Existen muchos seres humanos que son despreciados: los pobres, los iletrados, los discapacitados, los *vulgares*... No tienen fuerza económica ni política. Pensemos en las empleadas domésticas, en los indígenas, en los campesinos y pescadores pobres, en los obreros. Esas personas tan humildes tienen un gran valor. Aunque a muchos les parezca que no sirven, son como las *lombrices* de la sociedad que la enriquecen y transforman. Desde el punto de vista espiritual, son moradas de Dios, templos del Espíritu. Su dignidad es grande.

La sencillez no solamente nos acerca más a la realidad objetiva, también nos acerca más a Dios. Albert Einstein estaba de acuerdo con un principio teológico. Decía: “Dios es simple. Todo lo demás es complejo. No busques valores absolutos en el mundo relativo de la naturaleza”. Dios es simple. La pequeñez es la puerta de entrada a la grandeza del Absoluto. En último término, aquí radica el atractivo y la grandeza de lo sencillo, lo humilde, lo escondido. Dios nos espera en lo sencillo de la vida.

Albert Camus, en su obra *Los justos*, pone en boca de uno de los personajes, Yanek Kaliayew, la leyenda de San Dimitri: “Tenía una cita con Dios en la soledad; pero de camino se detuvo en ayudar a un campesino; cuando llegó al lugar de la cita, Dios ya no estaba allí”. Yanek comenta: “Hoy son muchos los que llegarían tarde a la cita con Dios, porque hay muchas miserias en el mundo”.

La primera vez que escuche esta leyenda sufrí un shock. Pensé que Dios era impaciente, exigente, insensible, injusto. Ahora entiendo que la cita con Dios se realiza en el encuentro con el hombre sencillo. Dios no esperaba a Dimitri -por ahora- en la soledad, sino en el campesino necesitado. Ahí nos sigue esperando.

#### 4. CONCLUSIÓN

Urge regresar a un estilo de vida sencillo. Lo pide la ecología humana y la ecología ambiental. Nuestro estilo de vida sofisticado amenaza con extinguirnos como especie. En un mundo donde hemos perdido sensibilidad para lo sencillo, Mahatma Gandhi nos recuerda: “Necesitamos vivir simplemente para que otros puedan simplemente vivir”.